



Homilía

Primeras Vísperas de Adviento: “Por la vida naciente”

Catedral de Jerez, sábado 26 de noviembre de 2010

Excmo. Sr. Deán y Cabildo Catedral; Sres. Vicarios; hermanos sacerdotes; religiosos y religiosas; miembros de la Delegación de Pastoral familiar; queridos hermanos todos en el Señor:

Hoy comenzamos el tiempo de Adviento, que es sobre todo una llamada a acentuar uno de los pilares de nuestra vida cristiana: la esperanza. El Adviento es el tiempo nuevo que el Señor nos ofrece para prepararnos a la Navidad, a su nacimiento. El Adviento abre la gran esperanza, que llega a los hombres con el nacimiento de Quien es la Vida y **“la trae en abundancia”** (cf. Jn 10, 10).

Es el tiempo en que se nos invita a oír cómo del templo del Señor sale un anuncio de paz: la promesa renovada de que **“El Señor hará de las espadas arados, y de las lanzas podaderas”** (Is 2,5). Con esta esperanza, y por su misma fuerza de convocatoria, estamos hoy aquí reunidos en comunión con el Santo Padre y con la Iglesia Universal, para elevar hasta el cielo una plegaria por **“la vida humana naciente”**. Estoy seguro que para todos los seres humanos en el vientre materno, así como para todas esas mujeres que han sido arrojadas hasta el aborto por esta <cultura de la muerte>, es esta oración universal un auténtico Adviento, una esperanza de luz, de ánimo y de consuelo para sus vidas.

La lectura de San Pablo comenzaba diciendo **“Daos cuenta del momento en que vivís”** (Rm 13,11). Dichas palabras fueron dirigidas a los cristianos de Roma que se encontraban, a juicio del Apóstol, viviendo en medio de un sopor general; adormilados, acomodados, bien situados algunos. Sus palabras parecen como si estuvieran escritas también para nosotros, que atravesamos unos tiempos de olvido de lo espiritual y de escasez de esperanza.

Es decir, hemos entrado en el mundo de la **“apostasía silenciosa”**, de una humanidad harta, que vive **“como si Dios no existiese”**, y en el que la secularización asume forma institucional, convertida en un neopaganismo combatiente con dogmas propios y misioneros aguerridos. En un mundo que, cual aldea global del pluralismo sin límites y sin brújula, renegando de sus raíces humanitarias pierde cada vez más su identidad.

También el Señor en el Evangelio haciendo alusión a los tiempos de Noé (cf. Mt 24, 37-44) nos advierte del peligro que supone que los hombres sólo piensen en sí mismos absorbidos por las preocupaciones materiales. En los días de Noé la humanidad estaba ciega ante lo que sucedía en el mundo; su pecado les llevaba a no prestar atención a la catástrofe inminente, alejados de Dios y de los hombres.

También hoy se vislumbran esos signos con la instauración de la cultura de la muerte y la civilización del egoísmo en la que la vida humana está amenazada a causa de una mentalidad relativista y utilitarista que ofusca la percepción de la dignidad propia de cada persona humana. Muchas son, de hecho, las amenazas que se ciernen sobre ellas. La vida de los no nacidos, de los enfermos terminales, de los ancianos, de los discapacitados, de los disminuidos de todo tipo, se encuentra cada vez más desamparada, no sólo por leyes vigentes o en trance de formularse, sino también por las costumbres y estilos de vida en boga en la sociedad actual. Como si se tratara de vidas humanas de inferior valor y menos dignas de protección jurídica y social que las de los sanos, fuertes y autosuficientes en lo físico, lo psíquico y lo económico-social.

Ante esta realidad **Hemos de tomar conciencia de nuestra responsabilidad**. El Evangelio nos anima también a estar alerta. Y la convocatoria de esta vigilia nos recuerda que, hoy más que nunca, estamos llamados a ser **“el pueblo de la vida”**, que recordando a Juan Pablo II vuelve a escuchar sus palabras cuando afirmaba que:

“Si al final del siglo XIX la Iglesia «no podía callar ante los abusos sociales entonces existentes, menos aún puede callar hoy, cuando a las injusticias sociales del pasado, tristemente no superadas todavía, se añaden en tantas partes del mundo injusticias y opresiones incluso más graves, considerándolas tal vez como elementos de progreso de cara a la organización del nuevo orden mundial» (Juan Pablo II).

Sin duda, la injusticia y la opresión más grave que corroe y destruye el momento presente es esa gran multitud de seres humanos débiles, inocentes e indefensos que está siendo aplastada en su derecho humano fundamental e inalienable a la vida.

Ante esta realidad hemos de abrir los oídos y escuchar a Pablo decirnos con fuerza **“vestíos del Señor Jesucristo”**. Es decir, que en todo lo que hagamos y manifestemos se refleje Jesús. ¡Ya está bien de ir por la vida **“en tinieblas”**: **“el que me sigue, no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”** –dice el Señor- (cf. Jn 8, 12).

“¡Pertrechémonos con las armas de la luz!” y abandonemos la oscuridad y confusión que producen siempre nuestros infantiles orgullos y nuestras bajas pasiones. **“Despertemos del sueño”** de nuestra rutina acomodada y caminemos con esperanza al encuentro del Señor. **«Ya es hora de espabilarse»** (cf. Rm 13, 11), es tiempo de convertir nuestro corazón y disponernos a acoger al **«Señor que viene»**.

Es hora de abrir de par en par el corazón a Cristo que viene a mostrarnos que merece la pena seguir a un Dios que invita a una aventura gozosa de amor y que a muchos los ha introducido en la maravillosa vida de la entrega y del servicio. Es hora de mostrarle al mundo con nuestro testimonio el rostro del Dios de la vida, que está por todo lo que sea bien para el hombre. Es hora de mostrar al hombre de hoy que necesitamos salir del eclipse del sentido de Dios para construir un mundo más humano.

El Adviento que hoy comienza, es por tanto un tiempo de oración y de espera vigilante y por ello estamos aquí. La Iglesia no tiene otras armas ni otros poderes que la fuerza de Dios. Por eso, llenos de confianza, pedimos esta ayuda a favor de la vida humana naciente; por eso, esta plegaria que se elevará a Dios desde todos los rincones de la tierra es la respuesta a todos los materialismos de nuestra época. Son ellos los que hacen nacer tantas formas de insaciabilidad del corazón humano y los responsables de los signos de muerte que se vislumbran.

Esta súplica universal, queridos hermanos, que sale hoy del corazón de la Iglesia, hace posible, frente al materialismo, que el hombre se abra a la acción salvífica y santificante de Dios, y le posibilite así entrar en una vida nueva. Esta súplica tiene hoy el poder de que los hombres retomen el camino de la entrega y del servicio a los demás y especialmente a los más débiles.

Pues bien hermanos, con la certeza de que en esta vigilia de oración nos acompaña la Santísima Virgen María, Madre de la vida y Señora del Adviento, podemos con Ella traer las palabras de Juan Pablo II que afirmaba:

“La vida vencerá: ésta es para nosotros una segura esperanza. Sí, vencerá la vida, porque en el bando de la vida militan la verdad, el bien, la alegría, el progreso auténtico. De parte de la vida se encuentra Dios, que ama la vida y con abundancia la ofrece”.

Abramos por tanto nuestro corazón a Cristo que viene a ofrecerse hoy en esta Eucaristía por cada uno de nosotros, que viene a darnos la vida y pidámosle para que en nuestro mundo pueda ir creciendo la civilización del amor, donde crezca la familia y la vida humana sea respetada desde el momento de su concepción hasta el final natural de la misma. Pidámosle al Señor que nos ayude a construir un mundo donde todas las vidas sean dignas. Como nos decía el profeta: **“caminemos a la luz del Señor”**. Así sea.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez